

Departamento Nacional
de Pastoral Penitenciaria de la CEE
Área Religiosa

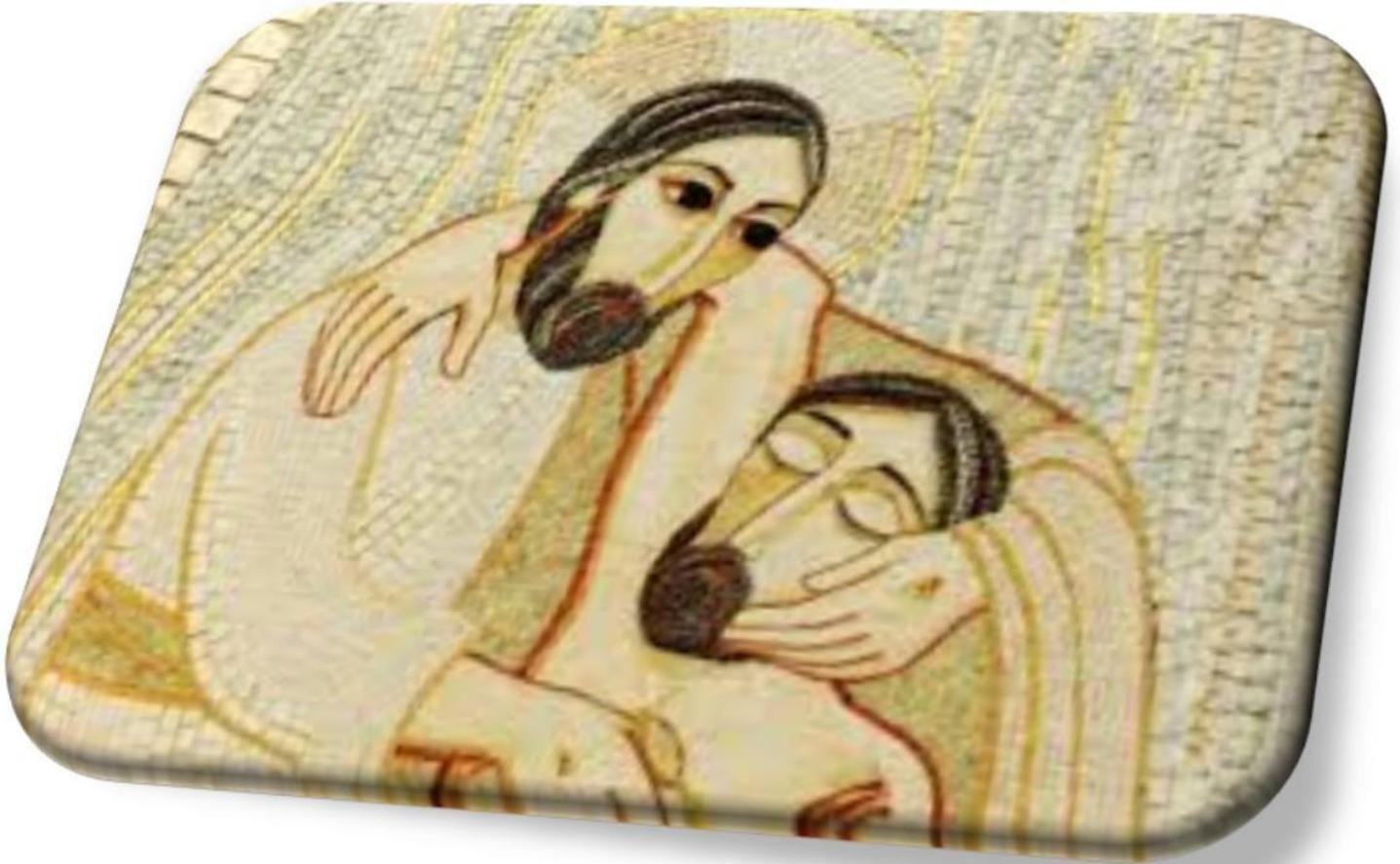


Samaritanos del caído



**Semana de
Pastoral Penitenciaria
Ntra. Sra. de la Merced
17 al 24 septiembre 2023**

**Semana de Pastoral Penitenciaria
Ntra. Sra. de la Merced
17 al 24 septiembre 2023**



Samaritanos del caído

Departamento Nacional
de Pastoral Penitenciaria de la CEE
Área Religiosa



I.- PREAMBULO

En el camino de la vida nos encontramos con personas que están al límite. Lo están en el hogar, a veces llamado familia, en grupos sociales de exclusión, ocultos también en comunidades o movimientos religiosos, en las empresas o puestos de trabajo, en la cuneta o en las aceras de nuestras ciudades, en los “cementeros de hombres vivos” como son las cárceles; lo están en los pequeños o grandes guetos donde malviven en los cinturones de nuestras ciudades y núcleos industriales o agrícolas quienes son descartados para vivir integrados en la sociedad; también lo están en las residencias o asilos de ancianos que pasan los días y los años rumiando la soledad, el abandono, el olvido, la muerte.

Hay muchas personas que se sienten estar al límite de su capacidad de aguante, de soportar tanto dolor y sufrimiento, tanta soledad y desprecio; personas muy heridas y con las llagas aún sangrantes; víctimas de situaciones sociales injustas y de comportamientos humanos denigrantes, ofensivos y crueles.

En medio de este panorama aparece la figura de Jesús que se adelanta y nos acompaña para llevarnos a los cruces y caminos de esta sociedad donde se encuentran todos esos hermanos nuestros que yacen heridos y maltratados. Él es el guía Samaritano que nos va presentando uno a uno a cada ser humano que ha sido asaltado y pisoteado por la injusticia, la inmisericordia, el desprecio, el silencio.

Y en el camino hacia las periferias, Jesús nos instruye, nos enseña y evangeliza. Nos cuestiona en referencia a nuestro sentido de la vida, al modo de vivir nuestra fe o compromiso creyente para con los excluidos. Nos interpela hasta que nos preguntemos con sinceridad “¿quién es mi prójimo?”¹

En ese proceso de intimidad con Cristo vamos descubriendo quién es el “prójimo” para Jesús y quién lo es para nosotros, así mismo, para quién o quienes yo soy “su prójimo”. También nos ayuda a “localizar” dónde está ese prójimo, a quien Él llama “hermano”, y la manera de acercarnos a él. Y, lo que es más importante, con qué actitud, sentimiento y corazón hemos de partir para ir al encuentro de “mi hermano”. Este hermano nuestro es alguien especial, pues no es solo la persona cercana, íntima, que es parte nuestra, no; es una persona extraña, desconocida, de mala reputación y sujeta a desprecios y repudios; alguien despreciado y despreciable.

Y para que lo entendamos bien y se nos queden las cosas claras nos narra un cuento, una parábola, en la que el personaje central es un desconocido oriundo de Samaría.

Y Jesús, al final del cuento, nos dice “anda ve, y haz tú lo mismo”².

Jesús, que es un provocador, nos deja con mal sabor de boca. Y ahora procede que cada uno de nosotros interiorice la enseñanza, la hagamos nuestra y nos dispongamos a dar la respuesta adecuada conforme a lo que Jesús nos propone, que nos convirtamos en “buenos samaritanos”.

¹ Lc 10,29

² Lc 10,37





Nos está exigiendo que nos transformemos en “samaritanos del amor” para los privados de libertad. Que seamos para ellos aceite y vino regeneradores de salud espiritual, de aliento de esperanza, de camino de libertad. Que llenemos el corazón de cada persona presa de la esencia más profunda de un hijo de Dios que tiene un corazón compasivo y misericordioso.

Y como soporte y sostén para nuestra misión samaritana tenemos el ejemplo de la Virgen María, Madre de Misericordia, Madre de la Merced. En ella nos sentimos amparados y protegidos en su regazo maternal como nuestra “Madre Samaritana” que siempre estará a nuestro lado sintiendo la ternura de la Madre que acoge y acompaña a sus hijos carentes de libertad y a nosotros que necesitamos también la ternura que sana, la maternidad que libera.

II.- ORACION

MARÍA DE LA MERCED, MADRE SAMARITANA

Mi alma proclama la grandeza del Señor,
se alegra y goza con mi Dios,
porque me ha visitado y enriquecido
con la grandeza divina de la Virgen María.

Desde Ella descubro la ternura infinita
del corazón amoroso del Padre
que se abaja hasta la pequeñez de sus hijos
para colmarlos de bienes y de gracia.

Encuentro en María las entrañas de misericordia
y la inmensa ternura que sobreabunda en Ella
como plenitud de la “llena de gracia”;
todo es reflejo del amor que el Padre ha sembrado en Ella,
cubriéndola con la fuerza del Altísimo
y ungiéndola como Samaritana por el Espíritu.

María engendra en su seno y en su corazón
al que viene a sanar los corazones afligidos,
a curar heridas de pecados e injusticias,
a cerrar cicatrices de desprecios, odios y exclusiones,
levantando del suelo a los que se doblan por la crueldad humana
y curándolos con vino y aceite
que son medicinas de samaritanos compasivos.



Y la Madre no solo engendra y da a luz al que es la Vida,
también moldea su corazón para que llegue a ser
la misericordia encarnada del Padre Dios.

Dirijo a ti mi oración, Madre Samaritana,
Tú que te abajas hasta el suelo para recoger a caídos,
malheridos de injusticias y desprecios;
Tú que siempre estás disponible
para salir a toda prisa al encuentro de soledades y abandonos.
Tú que regalas con ternura maternal
el vino y el aceite de la bondad y dulzura
que emanan de tu corazón samaritano.

Elevo a Ti mi oración confiada
por todos tus hijos, mis hermanos encarcelados.
Tú eres para ellos Madre de Merced y de gracia,
abrázalos en tu ternura, que encuentren en Ti
el alivio de sus penas marcadas por errores,
humillaciones y abandonos.
Acompáñalos en su duro calvario,
soportando cruces, insultos y salvazos.
Condúcelos hasta el encuentro gozoso
con la libertad arrebatada,
y lleguen a vivir la plenitud de un futuro
en el que tu querido Hijo Jesús
sea su Samaritano de libertades.





III.- JESÚS, SAMARITANO DE LOS CAMINOS

1. Parábola el Samaritano del Caído

En esto se presentó un experto en la ley y, para poner a prueba a Jesús, le hizo esta pregunta:

Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

Jesús replicó:

¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo la interpretas tú?

Como respuesta el hombre citó:

“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente”, y “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

Bien contestado, le dijo Jesús. Haz eso y vivirás.

Pero él quería justificarse, así que le preguntó a Jesús:

¿Y quién es mi prójimo?

Jesús le respondió:

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita y, al verlo, dio un rodeo y siguió de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba el hombre y, viéndolo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. “Cuídemelo, le dijo, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva”. ¿Cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

El que se compadeció de él, contestó el experto en la ley.

Anda entonces y haz tú lo mismo, le dijo Jesús.

Lucas 10,25-37



2. Una parábola provocadora

Jesús no se anda con rodeos. Su palabra quiere ir certeramente a la conciencia y a la mente de sus interlocutores, de sus oyentes. Quiere impactar y lo hace con un sencillo y elocuente ejemplo de la vida de cada día.

¿A quién se dirige Jesús hoy con esta parábola del Buen Samaritano? Nos señala a nosotros, a los que tenemos buenos deseos de seguirle, a los que creemos que ya somos de los suyos, a los que tenemos la certeza de estar con Él, a los que están a medio camino, a los que aún no le han descubierto y con el que no se han encontrado, ...

Es una manera muy sencilla de que descubramos qué es tener fe, qué es creer en Dios Padre misericordioso, qué es vivir el amor pleno a Dios y al prójimo y, sobre todo, qué es descubrir al otro: *“quién es mi prójimo”*³.

3. Personajes que intervienen

1) Ladrones o salteadores

Nos dice el Evangelio que Jesús tuvo un gesto, altamente significativo, ante un público lleno de fanáticos religiosos y profesionales del templo (escribas, fariseos,...), cuando echó una mirada a su alrededor llena de ira y de rabia por la cerrazón, la mentira y falsedad, por la injusticia y destrucción infame de la que hacían gala con altanería y desparpajo⁴. Jesús señalaba sin ambages a aquellos que, desde su poder social y religioso, eran capaces de generar injusticias y sufrimiento en el pueblo pobre y desamparado. Así mismo, calificaba de “malditos” a quienes se amparan en su riqueza y poder para sembrar la pobreza y dolor en el mundo⁵.

Sabemos que, tras la denominación de “ladrones o salteadores”, se presentan todas aquellas realidades humanas y sociales que generan un sinfín de estructuras injustas y perversas que afectan directamente al bienestar de toda persona humana, obstruyen el normal desarrollo del bien común y atentan gravemente contra los derechos y la dignidad de las personas y los pueblos.

Tras esas estructuras demoníacas y poderes fácticos hay personas malvadas que ostentan el poder, la ambición, la violencia e imponen su ideología. No les importa el ser humano, ni los derechos o dignidad de las personas; tampoco la verdad ni la justicia; no creen en la libertad pues generan esclavitud; no sienten la vida como valor, pues la destruyen; no valoran la naturaleza, la creación, el cambio climático, la ecología, la “casa común” porque se creen propietarios y dominadores, autorizados a explotarla⁶.

El Papa Francisco en la Fratelli Tutti nos indica que *“los ‘salteadores del camino’ suelen tener como aliados secretos a los que ‘pasan por el camino mirando a otro lado’. Se cierra el círculo entre los que usan y engañan a la sociedad para esquilmarla, y los que creen mantener la pureza en su función crítica, pero al mismo tiempo viven de ese sistema y de sus recursos. Hay una triste hipocresía cuando la impunidad del delito, del uso de las instituciones para el provecho personal o corporativo y otros males que no logramos desterrar, se unen a una permanente descalificación de todo, a la constante siembra de sospecha que hace cundir la desconfianza y la perplejidad. El engaño del “todo está mal”*

³ Lc 10, 29

⁴ Mc 3,1-5

⁵ Lc 6,20ss

⁶ Carta encíclica Papa Francisco Laudato si, 2



es respondido con un “nadie puede arreglarlo”, “¿qué puedo hacer yo?”. De esta manera, se nutre el desencanto y la desesperanza, y eso no alienta un espíritu de solidaridad y de generosidad”⁷

En una aplicación directa al mundo de la justicia, bien podríamos decir que “salteadores o malhechores” pueden estar representados en nuestra sociedad, a través de sus mecanismos de venganza y castigo; los poderes públicos que crean leyes punitivas para satisfacer la venganza social; los jueces que aplican las leyes desde la legalidad, pero no siempre desde la justicia y con sentido de humanidad, la estructura penitenciaria encargada de favorecer un proceso reeducador e insertador, pero que dificulta gravemente la puerta de salida hacia una integración personal y social en plena libertad.

Así, entre unos y otros, vamos generando las víctimas que arrojamamos en las cunetas de la vida para que vivan su propio y personal infierno.

2) La víctima

El relato nos presenta a un hombre herido, a una víctima: alguien fue asaltado en el camino de la vida, ignorado, del montón, no importa el nombre, sencillamente es un individuo anónimo, es un extraño, un irreconocible, un cualquiera de tantas personas que en nuestra sociedad sufre la destrucción y la muerte.

Sin embargo, esta víctima nos confronta. La intención de la narración nos cuestiona: “¿Dejaremos tirado al que está lastimado para correr cada uno a guarecerse de la violencia o a perseguir a los ladrones? ¿Será el herido la justificación de nuestras divisiones irreconciliables, de nuestras indiferencias crueles, de nuestros enfrentamientos internos?”⁸, nos pregunta el Papa Francisco.



3) Un sacerdote

Un profesional del templo, de la religión institucionalizada, que no se mancha las manos para no caer en impureza legal y religiosa, no se siente implicado en lo que le ocurre al herido, encarna la anti-misericordia, prefiere dar un rodeo y que no le vean involucrado en los hechos, por aquello del “qué dirán”.

4) Un Levita

Un profesional de la interpretación de la ley del Antiguo Testamento sabe lo que dice Dios en la Biblia, pero no sabe “leer la Biblia”; no sabe nada de la misericordia. También pasó de largo, no quería verse implicado, no se mancha las manos con un desconocido.

5) Un Samaritano

Persona no religiosa, enemigo social y religioso de Israel, despreciado por sacerdotes, fariseos y levitas. Éste realiza tres gestos significativos que denotan la profundidad de su ser como persona:

⁷ Fratelli tutti, 75

⁸ FT, 72





- ✓ Llegó al lugar, vio al herido, se paró frente a él y se compadeció de él.
- ✓ “*Movido a misericordia*”⁹ aplicó con el herido lo esencial de un ser misericordioso: cuidó de él, le hizo las primeras curas con aceite y vino y lo vendó.
- ✓ Pone a su servicio todos sus medios: su transporte, sus medios económicos pagando al posadero, encargándose de su curación y recuperación total.

4. Parábola con sabor a actualidad

Esta parábola es un ejemplo de la vida misma en tiempos de Jesús. Hoy tenemos entre nosotros reproducciones exactas de situaciones similares y de las cuales somos testigos en más de una ocasión.

Los personajes intervinientes más o menos son los mismos, con algunas variantes. Pero siempre aparecen las víctimas, también los que originan y causan las situaciones de sufrimiento por la exclusión, la violencia, la injusticia. En el escenario del “crimen” donde yace el caído, se presentan gentes de todo pelaje:

- ✓ El peatón a quien le pilla por sorpresa el hecho delictivo y ve a la víctima tirada en el suelo, pero pasa de largo y sigue su camino con paso ligero, pues no quiere meterse en problemas.
- ✓ Hay otros peatones, curiosos y amantes de captar todo con la cámara del móvil, que graban las escenas violentas, y que, una vez consumada la agresión y si aparece la policía, mejor, se largan corriendo; eso sí, luego suben las imágenes en las redes, a tiktok, para añadir más morbo a la inseguridad ciudadana, acusando a políticos y delincuentes de que así no se puede vivir.
- ✓ Hay quienes contemplan de primera mano situaciones de flagrante injusticia contra personas desprotegidas y más vulnerables, y voltean la cara para no seguir viendo el atropello injusto, como quien no se ha enterado de nada.
- ✓ También hay espectadores de situaciones dolorosas donde se maltrata, de múltiples formas, a mujeres y niños, pero se callan para no agravar más la situación.
- ✓ Los hay que conocen a personas inmigrantes que están siendo explotadas y vejadas en sus inhumanos puestos de trabajo, pero prefieren mirar para otro lado y no meterse en problemas.
- ✓ También aparecen en escena los políticos que ostentan el poder legislativo y que no siempre dictan leyes justas y favorables a los más débiles de la sociedad; por el contrario, agudizando el sentido de castigo y venganza, no escatimando, para ello, la promulgación de leyes benefactoras para las clases sociales, políticas y económicas altas.
Del mismo modo que, bajo el amparo de ideologías radicales y antiéticas, se dictan leyes que atentan contra la vida desde sus inicios hasta su culminación en el proceso vital de la persona, bajo el paraguas de la libertad, la dignidad y los derechos. Sin importar el ingente número de víctimas inocentes en todo ese proceso “humanizador”.
- ✓ Y no faltan quienes, siendo profesionales del derecho, de la judicatura, no escatiman esfuerzos ímprobos para “justificar”, desde el sistema penal, actuaciones que aparecen, a primera vista, como antiéticas e ilegales, pero que, alargado el proceso penal en el tiempo, se difuminan la gravedad de los delitos, quedando vacía y sin sentido la aplicación de cualquier pena privativa de libertad. Mientras que, por

⁹ Lc 10,33





el contrario, sí se dan circunstancias en las que el acusado, con escasos o nulos recursos para su defensa, y con un amplio curriculum delictivo, ve con sorpresa que su proceso penal es rápido y que la sentencia, o sentencias, son duras y que corresponden a la aplicación más rigurosa del código penal.



En estos casos ¿quiénes son las víctimas? ¿Quiénes los verdugos? También aquí, hay muchos en nuestra sociedad que miran para otro lado, y otros pasan de largo porque a ellos no les incumbe.

5. Y tú, ¿qué dices?

A este respecto el Papa Francisco nos interpela diciendo: *“¿Con quién te identificas? Esta pregunta es cruda, directa y determinante. ¿A cuál de ellos te pareces? Nos hace falta reconocer la tentación que nos circunda de desentendernos de los demás; especialmente de los más débiles. Digámoslo, hemos crecido en muchos aspectos, aunque somos analfabetos en acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestras sociedades desarrolladas. Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente”*¹⁰.

La buena sociedad sabe dónde están las personas heridas, marcadas por la violencia o el desprecio institucionalizado, sabe dónde están las cárceles, los asentamientos de inmigrantes, el chabolismo inhumano. Esas personas están a las afueras de las ciudades. Y hay muchos que pasan de largo, miran para otro lado, no quieren ver el sufrimiento ni la situación de la persona herida. Así lo expresa el Papa Francisco en la F.T.¹¹: *“Los ‘salteadores del camino’ suelen tener como aliados secretos a los que ‘pasan por el camino mirando a otro lado’*”.

La sociedad tiene miedo y éste le lleva a recrudecer su sed de venganza, de rechazo, desprecio y olvido; ¡que se pudran, que se mueran ahí, que no salgan nunca...!

También hay personas del ámbito de lo religioso que imitan perfectamente criterios, actitudes y sentimientos de la “buena sociedad”, como el sacerdote o levita de la parábola. Son gentes de buena fe, pertenecientes a la clase puritana, burguesa e insolidaria. Pasan de largo, no quieren ver al herido, lo ignoran, tienen miedo, no quieren saber las causas ni la situación de su desgracia y dolor. Prefieren ir al templo a purificarse de sus pecados, refugiarse en el rito, no tener mala conciencia.



¹⁰ FT 64

¹¹ FT, 75



IV.- SAMARITANOS DEL AMOR

1. Jesús, corazón samaritano: misericordia y compasión

Por donde quiera que fuera Jesús iba despertando expectación y buenas sensaciones de que por allí pasaba un “**hombre de Dios**”, un hombre de bien. Así lo definió el mismo apóstol Pedro cuando dice de Él que “*pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él*”¹².

La persona de Jesús, sus gestos, palabras, signos, miradas, detalles, estaba impregnada de una unción especial marcada por el Espíritu de la misericordia. Ante situaciones humanas desgarradoras la reacción de Jesús era siempre la misma: “*movido a misericordia, a compasión, a pena*”¹³. Y ese sentirse “**movido a**”, era el resorte necesario que impulsaba todo su ser a poner en movimiento los mecanismos más profundos de su corazón compasivo y misericordioso: amor, perdón, sanación, humanización, alegría, vida.

2. Tras las huellas del Maestro

Jesús no inició un movimiento de gentes rezadoras, ni personas piadosas que, en torno al templo se convirtieran en fieles transmisoras de tradiciones y leyes religiosas. Esa realidad ya existía bien atrincherada en las sinagogas y en el templo, bien protegida y manipulada por los jefes religiosos de su tiempo.

Su movimiento nace y se desarrolla, más bien, al margen y fuera de los lugares sagrados religiosos judíos. Es eminentemente un movimiento de liberación, de humanización en su plenitud que lo inicia ofreciendo un programa de salvación y de esperanza para los pobres y oprimidos, para los vejados y excluidos, para los cautivos y encarcelados. Y con la valentía y el carácter de “**Profeta de Dios**”, lo proclama con rotundidad en la sinagoga de su pueblo Nazaret¹⁴ inaugurando así el nuevo camino trazado por Dios Padre y realizado a través de la persona de Jesús el Nazareno.

Él fue abriendo caminos con su propia vida e indicando a todos sus seguidores que el que quiera seguirle que coja el arado, con sus cruces y sus luchas, y le siga sin reservas¹⁵. Seguirle a Él es tener sus mismos sentimientos, siendo compasivo y misericordioso como el Padre. Es ser y vivir con un perfil marcadamente “**samaritano**”.

Seguir las huellas del Maestro para pisar y andar por los mismos lugares y espacios donde se encuentran aquellas personas con las que el mismo Jesús sentía que se le removían sus entrañas, y, movido a compasión, se volcaba literalmente



¹² Hch 10'38

¹³ Mt 20,34; Lc 7,13; Lc 15,32; Mt 8, 16s; Mt 9,36; Mc 6,34; Jn 11,34ss;

¹⁴ Lc 4, 16ss

¹⁵ Lc 9,62; Mt 16,24ss



sobre ellas para ofrecerles toda la riqueza de su corazón en forma de abrazo, apretón de manos, curación, perdón, escucha, alegría, integración, fe, esperanza, amor sin límites.

Ser de Cristo, seguirle a Él, es sentirse transformado por su Espíritu encarnando la espiritualidad de las Bienaventuranzas y siendo capaz de verle y descubrirle en cada persona que sufre infinidad de experiencias dolorosas y traumáticas, que están pasando por los infiernos más inverosímiles de la crueldad humana. Es descender con Cristo a los infiernos insospechados a los que la barbarie humana somete a tantas personas y pueblos. Ser de Cristo es sentir el gozo inenarrable de escuchar de Él la más maravillosa de las bienaventuranzas: *“ven, bendito de mi Padre, a heredar el Reino, ... porque todo lo que hiciste a uno de estos mis hermanos más pobres, a mí me lo hiciste”*¹⁶

ORACIÓN

SAMARITANO DEL AMOR

Señor Jesús, eres la ternura itinerante;
en las casas o sinagogas,
en las calles o los caminos,
sales al encuentro de marginados,
enfermos y desechados;
todos ellos eran acogidos, escuchados y bendecidos,
perdonados y sanados.



Siempre con la sonrisa en tus labios,
los ojos clavados en el corazón de la persona herida,
las manos alargadas para acariciar, tocar, bendecir y perdonar.

Samaritano del amor que unges con aceite y vino
corazones desgarrados por desprecios, odios y exclusiones.
Samaritano de corazón compasivo,
de entrañas misericordiosas que cargas sobre tu alma
el peso de tanta pasión y tanta cruz injusta y cruel.

Pasiones y cruces infligidas por el desamor,
la soberbia y el odio de hombres y estructuras
que generan nuevos y multiplicados crucificados
que deambulan por el mundo sin encontrar
samaritanos ni cirineos que curen sus heridas,
que carguen con cruces ajenas.

Quiero ser, como Tú, un samaritano del amor.
Recorrer caminos alargados que conduzcan
hasta las “casas enrejadas” de nuestras ciudades.
Salir a los caminos, a los cruces de la vida
donde yacen extenuados tantos hermanos
despojados de derechos y dignidades.

Acudir al encuentro de quien se siente
aparcado, cual cadáver ambulante,

¹⁶ Mt 25,40





en esos “cementeros de hombres vivos”
que gritan desde sus celdas compasión y libertad.

Ofrecerme como cabalgadura que lo sostiene,
lo acompaña, lo acoge y traslada a lugares y personas
que lo llevarán en volandas hacia su recuperación integral.

Quiero ser como Tú, Buen Samaritano,
con la ternura amorosa del Padre,
compasivo hasta sentir el dolor del hermano herido,
misericordioso hasta tener un corazón que haga suya
la miseria y el dolor del caído.

Ir de samaritano por la vida
siendo vino que cura y cicatriza heridas del cuerpo y del alma,
siendo aceite que suaviza y repara la injusticia,
siendo cabalgadura que traslada
hacia metas de esperanza con sinfonías de libertad.

3. Ser “otros Cristos” ante el dolor y la miseria humana

Al igual que antaño Jesús recorría las aldeas y poblados de Judea y Galilea, nosotros, hoy, realizamos ese mismo camino en nuestras ciudades y pueblos.

Jesús se encontraba con enfermos de todo tipo que padecían patologías mentales (demoníacas) y físicas; personas marginadas por la ley social y la del templo; gentes expulsadas de sus familias y de las relaciones sociales por ser posesos malditos y peligrosos, capaces de contagiar a los sanos y puros; situaciones de dolor extremos ante la muerte de una niña, la de un joven o la de un amigo.

Esas mismas realidades de sufrimiento, exclusión y muerte las contemplamos en nuestro mundo actual.

Las causas que están generando tanto sufrimiento cruel que afecta a incontables seres humanos en nuestro mundo, no han desaparecido todavía; e, incluso, van en aumento.

Del mismo modo que el mundo de la ciencia y la medicina están dando respuestas cuasi milagrosas para detectar, prevenir y curar múltiples patologías físicas y mentales que afectan al ser humano, también es cierto que existen otras patologías que tienen su origen en el ámbito de lo social, de las estructuras de poder e injusticias, de los mecanismos políticos, económicos e ideológicos, mecanismos de opresión, explotación y exclusión, y que marcan, cual animales al matadero, con su “hierro” de “descartado” a millones de personas que deambulan por este mundo infernal de desprecio, de deshecho, ignorados y condenados a mal vivir para peor morir.

Y a estas personas, reconocibles por la marca y el sello que llevan en su vida, nos envía Jesús para ser su medicina y salud, su justicia y libertad, su perdón y su paz, su vida en plenitud.

Junto a nosotros descubrimos a esas personas que nos solicitan migajas de esperanza y libertad, de atención y escucha, de compasión y mano tendida.





Para ellos somos ese “otro Cristo” que se acerca, que mira con ternura, que acaricia el dolor, que se “conmueve y se estremece hasta las entrañas”, que le acoge y le abraza, le perdona y libera. Ellos anhelan y desean escuchar esa palabra cálida y amorosa de Jesús: *“quiero, queda limpio; quiero, quedas libre de tu enfermedad, vete en paz”*¹⁷.

4. Samaritanos entre rejas

La Pastoral Penitenciaria, a través de sus Agentes, Capellanes y Voluntarios, es y quiere ser siempre el reflejo de ese espíritu de compasión y de misericordia que nos marca Jesús a través de la actitud y la actuación del Samaritano.

Nos dice Jesús que *“nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”*¹⁸. Para la Pastoral Penitenciaria la persona privada de libertad ya no solo es “el prójimo”, el próximo y cercano a quien hay que amar, ayudar o favorecer. Es más que eso, pues para Cristo “el otro” es “mi amigo”, es “mi hermano” por quien he de estar dispuesto hasta dar la vida para salvarle, sanarle y liberarle.

Nosotros sabemos perfectamente *“quién es nuestro prójimo”*¹⁹, lo identificamos y lo ubicamos en lugares y situaciones concretas, lo que nos lleva a poner en marcha todo un proyecto de liberación de nuestros hermanos caídos y oprimidos. Así iniciamos un proceso en el que cumplimos el mandato que Jesús le requirió al especialista en la ley de Dios: *“vete y haz tú lo mismo”*²⁰.

En las prisiones, la **Pastoral de la misericordia**, que se define también como **Pastoral Samaritana**, siente muy de cerca al hermano preso, lo siente “prójimo”, aunque esté lejos en la distancia, y se compadece de él; comparte con el preso su pasión, su dolor, su angustia y sufrimiento, se convierte en su cirineo particular; trata de curarle ofreciéndole el aceite y el vino que sana y reconforta; le mimaba con sus cuidados, le acompaña en su recuperación y sanación, de liberación integral, ayudándole en el proceso de reinserción; le facilita y le acoge en sus “Casas” para personas sin familia y sin futuro hasta su liberación definitiva.

Así, cada miembro de la Pastoral Penitenciaria, se transforma en otro **“Cristo Samaritano”** que sale al encuentro de la persona tirada en los márgenes de la sociedad, le lleva *“la alegría del Evangelio”*²¹ y le *“brinda misericordia, pues el evangelizador tiene experiencia de la misericordia del Padre y de Jesús; se arrodilla ante el herido y le lava los pies, toca la carne sufriente de Cristo en el Pueblo, tiene “olor a oveja” y se embarra y ensangrienta con las ovejas descarriadas y heridas”*²²

La Pastoral Penitenciaria es una pastoral que siempre está **“en salida”**, está en constante **movimiento**, con un dinamismo de **“salida”**, **de salir al encuentro** de los pobres y marginados, de los heridos y caídos, pobres, esclavos y presos que son los beneficiarios del Evangelio y que están en las **“periferias existenciales”**, en las afueras de las ciudades y los pueblos. Es una **“salida misionera”**, que genera muchas **dificultades**, incomodidades, contratiempos, ambientes desconocidos y hasta enfrentados con la misión.²³



¹⁷ Mc 1,40-41; 5,34

¹⁸ Jn 15,12ss

¹⁹ Lc 10,29

²⁰ Lc 10, 37

²¹ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 1

²² EG, 24

²³ EG. 46



La misión samaritana de la Pastoral Penitenciaria con los privados de libertad, y “*sin excluir a nadie*”²⁴, se centra prioritariamente en hacerles partícipes de “*la alegría del Evangelio*” a fin de ofrecerles un horizonte bello, un futuro de esperanza y de reinserción, un banquete deseable, el banquete del Reino presidido por Cristo, donde puedan ellos también sentarse y participar de las alegrías de la redención y la liberación²⁵.

ORACIÓN: SEÑOR, AQUÍ ME TIENES

† **Jesús, no tienes ojos.**

Tienes mis ojos para que veas la realidad sangrante de tantos hermanos que yacen en la cuneta de la vida sin apenas fuerzas para luchar, para seguir adelante, para tener ilusión por vivir.

† **Jesús, no tienes oídos.**

Aquí tienes los míos para que puedas escuchar el grito de los esclavos y encarcelados.
Aquí estoy Jesús, para oír el clamor desgarrador de tantos hermanos que sufren víctimas de la violencia, de la crueldad de la guerra, de desprecios y humillaciones, millones de personas que sufren el hambre y la negación de derechos.

† **Señor, no tienes labios.**

Tienes mis labios para hablar al corazón herido de tantos hermanos que están implorando palabras de consuelo y ternura, de comprensión, alegría, perdón y paz.

† **Señor, no tienes manos.**

Me tienes a mí; mis manos son las tuyas que se alargan para atraer, abrazar y estrechar la mano de tantas personas que sufren el rechazo, el desprecio, la condena injusta, la maldición. Con mis manos, tú, Jesús, devuelves la alegría de la acogida, del perdón, de la integración.

† **Jesús, no tienes pies.**

Aquí tienes los míos, Señor.
Son los pies que se acercan al encuentro de la persona desplazada, alejada de la familia y la sociedad;
los pies que llegan hasta la playa acogiendo a los “*espaldas mojadas*”, pies que caminan hasta las periferias de la sociedad, hacia las fronteras donde no hay ni dignidad ni derechos, al encuentro de prostitutas e inmigrantes explotados y vejados.
Son los pies que acompañan el duro y vacilante camino de quienes están iniciando nuevas rutas de libertad.

²⁴ EG, 14

²⁵ EG, 48





5. Rasgos del Samaritano en prisión

El Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*²⁶ expone un plan y una exigencia referida a la Iglesia como una comunidad de creyentes de **“discípulos misioneros”** que está siempre en **“salida”** por los tortuosos caminos donde transitan las personas apaleadas, maltratadas, malheridas, arrojadas a los basureros de la sociedad, como son las cárceles y los guetos de exclusión. Los **“misioneros evangelizadores”** llevan en sí el reflejo del Maestro que les lleva a priorizar opciones, actitudes y acciones hacia las víctimas. El Papa nos señala estas prioridades:

- **“Primerear”**. La actitud del buen samaritano, toma la iniciativa sin miedo a nada ni a nadie, y lo hace desde el amor, va a buscar al caído, a la víctima, sale a su encuentro, esté donde esté, especialmente en los lugares de encierro y exclusión.
- **“Brindar misericordia”**. Tiene experiencia profunda de la misericordia que recibe del Padre Dios y arde en deseos de transmitirla y compartirla con quienes solo saborean la miseria y el dolor. Y, al igual que el Buen Samaritano, se “arrodilla” ante el herido para tocar, acariciar, lavar las heridas y ofrecerle los primeros auxilios sanadores, como hizo Jesús con sus discípulos arrodillándose para lavarles los pies y sanar su orgullo desde la humildad profunda. Jesús Samaritano se abaja “hasta la humillación”, tocando y curando la “carne sufriente” de quien ha sido apaleado dura y cruelmente. Se embarra y se ensangra con los restos de cualquier malherido tumbado en la cuneta de la vida.
- **“Acompaña”** al herido en sus procesos, a veces muy duros y prolongados, en la recuperación y sanación de sus heridas, en la conquista de su libertad y dignidad.
- **“La paciencia”** ha de ser una actitud profundamente humana y espiritual. Es saber aguantar, tener resistencia ante las adversidades. Los vaivenes en el proceso de recuperación son, a veces, intensos y traumáticos; avances y retrocesos, recaídas y volver a empezar. La paciencia, se apoya en la espera y en el aguante; como el labrador que deja crecer el trigo junto a la cizaña hasta que llega el momento apropiado de la siega²⁷.
- **“Fructificar”**. Desde ese talante samaritano que encarna a Jesús, que sabe soportar los envites propios de la debilidad humana, que sabe esperar y mantenerse firme al pie de la persona rota, puede obtener frutos insospechados. La siembra realizada con paciencia, el mimo y cuidado ofrecido con amor, lleva, en muchas ocasiones, a dar sus frutos. Serán frutos del inicio de una vida nueva, de la recuperación de la esperanza y la libertad, de la curación de tantas heridas y llagas incrustadas en lo más profundo del alma, de la paz encontrada en el perdón y la reconciliación. Todo ello serán frutos del Espíritu, propios de quien ha sembrado con amor la semilla de la Palabra de Jesús, la fe y la esperanza en aquel que se convierte definitivamente en el Señor Libertador.
- El gozo de la **“fiesta”** es la consecuencia de todo un proceso humano y espiritual de acercamiento valiente y decidido, de presencia ininterrumpida, de acompañamiento fiel, de paciencia a prueba de desgaste y frustración, de confiar y tener fe en la capacidad de la persona para cambiar y transformar su vida, de reconocer sus heridas y tratar de curarlas, de luchar por recuperar espacios de dignidad y de libertad perdidas. Y claro que todo esto hay que festejarlo y celebrarlo. La comunidad eclesial de “discípulos misioneros” se alegra y festeja con el gozo del Espíritu cada “pequeña victoria”, cada paso

²⁶ EG, 24

²⁷ Mt 13, 24-30





dado hacia adelante, cada pequeño triunfo obtenido, cada alegría gozada por los síntomas de recuperación en lo humano, espiritual, familiar y social.

La comunidad creyente, que encarna la Pastoral Penitenciaria, debe festejar y celebrar la recuperación, la vuelta del hermano herido y perdido a la casa, de nuevo acogerlo con los brazos abiertos y sentarlo en la mesa de la fraternidad, favoreciendo que se vayan abriendo puertas de hogares rotos y corazones destrozados, facilitando el perdón y la reconciliación y acompañando hasta la integración social.

La familia siempre es parte importante en este proceso de atender, acoger, acompañar y sanar a la persona herida. La Pastoral Penitenciaria, que ejerce como Samaritana del caído, debe contar siempre con la familia de donde salió la persona que fue maltratada en la vida. Quizá el origen del deterioro y la causa de muchas heridas abiertas de las personas están en el propio seno familiar. También lo estará, sin duda alguna, en la responsabilidad personal del individuo. Como lo está en los mecanismos destructores de la sociedad. Pero, para nosotros, la familia ha de estar en el centro de toda posible recuperación de la persona. Pues, será desde ella, donde se consumará el proceso de cambio y transformación más firme y duradero. La vuelta al hogar, a la casa paterno/materna será el mejor síntoma de iniciar un verdadero proceso de cambio y conversión, de sentirse acogido, amado y perdonado, de reiniciar un nuevo camino en plena libertad²⁸



²⁸ Lc 15, 11-32



V.- MARÍA, MUJER SAMARITANA

1. La experiencia de la ternura del Padre Dios

La espiritualidad de María se centra en su experiencia de sentir y percibir a Dios en su ternura infinita que se fija en la pequeñez y humildad del corazón de cada uno de sus hijos. Ella se siente sorprendida y alagada al escuchar del Ángel Gabriel esas palabras tan profundas salidas del corazón del Padre: *“Dios te saluda, María, alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”*²⁹

La *“llena de Dios”* se siente agraciada como *“hija predilecta y amada”* por el Padre, elegida, de entre todas las mujeres, para ser la Madre del Redentor. Su corazón se siente plenificado por el corazón paternal de Dios que la abraza en su bondad, ternura y misericordia; ese amor que *“la cubre en el Espíritu”* y la convierte en la Madre por excelencia del Hijo amado. Es ese amor del Padre el que rompe todos los miedos y resistencias humanas que tuvo María.

Ahí radica la profunda espiritualidad de la Virgen María sintiendo y viviendo a Dios en toda su plenitud. Y desde esa vivencia profunda, marcada por la confianza y humildad, se vuelve disponible y servicial ante los planes salvíficos de Dios. Se pone en sus manos amorosas sabiendo que Él nunca le va a fallar. De ahí brota la respuesta humilde y confiada de María *“aquí está la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra”*³⁰. Entregada ya en las manos maternas del Padre Dios se convierte en portadora de esa misma *“gracia”*, de su ternura y bondad regaladas, del amor sin límites con el que va a alumbrar al Hijo querido de sus entrañas y a quien va a educar y formar de acuerdo con la voluntad amorosa del Padre Dios.

2. María, Samaritana de Isabel

“Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios”³¹.

Si María se extrañaba y se preguntaba ante Gabriel a qué venía ese saludo de parte de Dios³², del mismo modo recibe con sorpresa el anuncio de que su pariente Isabel, en su ancianidad y esterilidad, había concebido un hijo, y ya *“estaba de seis meses”*³³.

Ante esta sorprendente noticia, sin duda que María se conmueve y se cuestiona. Recibe una noticia muy agradable, pero, al mismo tiempo, comprometedor. ¿Cuál sería su actitud ante esta situación? Sin duda que, en ese momento, le dio un vuelco el corazón. No podía quedarse tranquilamente en su casa envolviéndose en su mismo acontecimiento milagroso de estar embarazada, nada menos, que, del Mesías, lo que supone,

²⁹ Lc 1,28

³⁰ Lc 1,38

³¹ Lc 1,36s

³² Lc 1,29

³³ Lc 1,36



además, un embarazo de “alto riesgo”. No se queda cruzada de brazos. Sus “entrañas de misericordia”³⁴ se conmueven hasta el extremo, y, sin dudarlo, “se levanta María y se fue a toda prisa a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel”³⁵.

María se olvida de sí misma. Siente apuros por cómo estará su pariente en estos momentos y, dejando todo lo “suyo”, sale corriendo al encuentro gozoso y feliz para estar al lado de la estéril y anciana Isabel, para acompañarla en su soledad, en esos tres meses largos y duros³⁶ ante la ausencia de Zacarías que ejercía su sacerdocio en el Templo, hasta el momento del parto y nacimiento de Juan el Bautista. María, “la corre caminos”, tiene prisa para servir, atender y acompañar.

El Papa Francisco en la JMJ³⁷ decía “*Hay tantas advocaciones de María, pero una que podemos decir también pensando, es esta: La Virgen que sale corriendo, cada vez que hay un problema, cada vez que la invocamos, no tarda, viene, se apura, “Nuestra Señora Apurada”.*

Y el Papa nos deja esta linda oración dirigida a la “**Virgen apurada**”:

“Oh María, nosotros te amamos y confiamos en ti. Y a ti, ahora, nos encomendamos nuevamente. Con corazón de hijos te consagramos nuestras vidas, para siempre. Te consagramos la Iglesia y el mundo, especialmente los países en guerra. Obtén para nosotros la paz. Tú, Virgen del camino, abre senderos donde parece que no existen. Tú, que desatas los nudos, deshace los enredos del egoísmo y los lazos del poder. Tú, que nunca te dejas ganar en generosidad, llénanos de ternura, cólmanos de esperanza y haznos gustar la alegría que no pasa, la alegría del Evangelio. Amén.

En esta profunda actitud de María de sentir la situación delicada de su pariente Isabel y salir a toda prisa para estar a su lado, radica la experiencia verdaderamente profunda de aquella joven que siente, hasta el fondo de su corazón, la ternura y la bondad del Padre Dios, la compasión y la misericordia de aquel que es compasivo y misericordioso con los pobres y desvalidos, con los humildes y sufridos, con los cautivos y esclavizados. Refleja el rostro genuino del Padre, la esencia del ser la “**Samaritana del amor**”.



Esa acción de “acercarse” en la distancia hasta llegar al “encuentro” con Isabel, de la permanencia con ella en el tiempo, de acompañarla hasta el proceso final del nacimiento del que iba a ser el “precursor del Señor”, refleja el verdadero “perfil” samaritano de María.

A lo largo de esos tres meses, ambas mujeres han vivido todo un proceso de compartir experiencias personales, vivencias que expresan la fe profunda en la bondad del Padre Dios que viene a “visitar y a redimir a su pueblo”³⁸, contando con la humildad y sencillez de su “esclava”, sintiéndose agradecidas y elegidas para que, por medio de ellas, Dios canalice la obra admirable de la Salvación de la humanidad.

³⁴ Cf. Plegaria eucarística V/b: «Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana. Inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido».

³⁵ Lc 1, 39s

³⁶ Lc 1,56

³⁷ Papa Francisco JMJ Portugal Santuario de Fátima 5-8-2023

³⁸ Lc 1,68



En el encuentro de María, la “Samaritana del amor”, e Isabel, la débil y solitaria anciana, se producen momentos de sorpresa y agradecimiento. Isabel se vuelve sorprendida y agradecida por esa visita tan inesperada y, al mismo tiempo, tan “divina”, exclamando llena de gozo y reconocimiento: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a visitarme?”³⁹. Sin duda que Isabel, al igual que la persona herida de la parábola, reaccionaría desde un corazón eternamente agradecido con gestos y palabras, ante la generosidad y la ternura mostrada por la joven María, representando así a la genuina samaritana de la parábola. Para Isabel, su prima María se había convertido en su “ángel samaritano”.

Para los miembros de la Pastoral Penitenciaria, la respuesta rápida e impulsiva de María nos cuestiona en nuestro ministerio de la compasión y misericordia que realizamos con las personas privadas de libertad, lo que nos obliga a desinstalarnos, a romper con acomodaciones y aburguesamientos, con cobardías y retrasos. La joven María nos da pistas para interpretar el verdadero sentido que Jesús quiso ofrecernos al narrar la parábola del Samaritano. De cómo iniciar todo un proceso personal y comunitario, eclesial, realizando gestos, signos, palabras, acciones y compromisos en favor de las personas que sufren la experiencia de ser “asaltados” en el camino de la vida por una multiplicidad de circunstancias adversas personales, sociales y familiares que les dejan arrojados en la cuneta de la vida y, lo que es peor, que los expulsan a las afueras de la sociedad y de la vida como desecho humano, como escoria social.

María se nos presenta como “samaritana en camino”. Camina de Norte a Sur, de frontera a frontera de la exclusión, de lugares alejados de las ciudades donde se “depositan” a pobres, inmigrantes, excluidos y delincuentes. María siempre en busca de los más humildes y desheredados de la maquinaria injusta del poder, del capitalismo devorador, de las estructuras injustas de corrupción y descarte.

Y en este camino sufriente y herido se hace presente María, la Madre Corredentora. La Madre que siempre es Merced y gracia, que es dulzura y esperanza, que extiende su mano protectora sobre sus hijos que padecen las injusticias y se quedan sin derechos ni libertades.

María se nos presenta a la comunidad cristiana, a la Iglesia, como la Mujer que, con su canto del Magnificat⁴⁰, se pone al frente del gran movimiento, que luego continuará su Hijo Jesús, de los que viven y sienten al Dios de la liberación.

María se siente pobre radicalmente, no solo desde el concepto social, que lo era, sino la pobre de Yahvé que expresa sin ambages que solo los pobres y humildes entienden el corazón del Padre, quien se fija y se complace en los más débiles, en los que no tienen más apoyaturas que la de confiar ciegamente en Él que eleva a la categoría de hijos a los pobres y oprimidos y derriba del trono a los opresores y soberbios⁴¹.

Recordando el mensaje del Papa Francisco en la E.G., nosotros recibimos la unción del Espíritu para cumplir una tarea como “misioneros samaritanos” que nos impulsa a ejercer “el ministerio evangelizador” siempre “en salida” hacia las periferias humanas de la sociedad, hacia los Centros Penitenciarios, donde se encuentran nuestros hermanos asaltados y malheridos, a quienes hay que acercarse, levantar, sanar, escuchar, hablar al corazón, acompañar poniendo todos los medios necesarios, cabalgadura, medios económicos y casa, hasta culminar con la total y deseada recuperación integral en libertad.

³⁹ Lc 1,42s

⁴⁰ Lc 1,46-55

⁴¹ Lc 1,55s





ORACIÓN: LA VISITACIÓN, UN CAMINO HACIA LOS POBRES

La Virgen de la Visitación,
urgencia de alabanzas y servicios,
caminar de Norte a Sur,
en busca de pobres y marginados,
de ancianas y estériles.

Virgen de la Visitación, nueva traslación del Arca,
pasear a Dios por la vida, enseñar la tierra al Cielo,
los caminos de los hombres, siempre de Norte a Sur.

Vamos, mi Dios, mi pequeño Dios,
en procesión gozosa,
aunque tengamos que sentir miedo y cansancio.

¿No sabes qué es el cansancio?
¿No has experimentado el miedo,
la ansiedad, el dolor y la tristeza?
¿No sabes a qué sabe la alegría,
la ilusión, el entusiasmo y la ternura?
¿No conoces los sentimientos humanos?

Pues yo te enseñaré, vida mía,
yo te enseñaré a ser hombre, mi Dios.
Seré tu maestra en humanidad,
y tendrás que parecerte a tu madre.
Te daré entrañas de misericordia,
y aprenderás a amar a los pobres
y a todos los desgraciados,
atenderás con mimo y ternura
a todos los caídos en la vida
como Buen Samaritano.

Pararemos en casa de Isabel, que era pobre,
anciana y estéril.
Toda la vida esperando un hijo,
¿sabes lo que eso significa para la mujer?
Pero ha sido bendecida
y está loca de contenta.
Vamos a estar con ella hasta que nazca el niño,
porque necesitará de nosotros.

Después seguiremos caminando,
siempre de Norte a Sur,
hasta que sean exaltados los humildes
y los hambrientos colmados de bienes.

3. María, Samaritana en el destierro

Hay un momento en la vida de María, casi recién estrenada su maternidad, en el que se pone de manifiesto su talante samaritano capaz de afrontar peligros y dificultades serias a la hora de proteger la vida en peligro de su Hijo Jesús. El rey Herodes decreta una persecución sangrienta contra todos los niños nacidos en menos de dos años. Su instinto asesino, a la sombra del poder sin entrañas, no permite que nadie se burle de



él, como lo hicieron los Magos de Oriente, cuando “se volvieron a su tierra por otro camino”⁴² tras encontrarse con el Niño Rey de los judíos y adorarlo y venerarlo como se merecía.

Herodes el Grande, rey de Judea por aquel entonces, aparece ante la historia como uno de los mayores sanguinarios al ordenar, entre otros crímenes para mantenerse en el poder, matar a todos los niños menores de dos años nacidos en Belén y su comarca, según nos narra el evangelista Mateo⁴³: *“Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había precisado por los magos. Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías: Un clamor se ha oído en Ramá, / mucho llanto y llanto: / es Raquel que llora a sus hijos, / y no quiere consolarse, / porque ya no existen”*.

De este modo, Herodes es considerado como uno más en la historia de la humanidad sangrienta que se convierte en **“asaltador”** y violentador de derechos y dignidades, arrasando contra la justicia y las libertades de personas y pueblos. Uno de tantos que han dejado y lo siguen haciendo, a lo largo de la historia, ríos de sangre, de esclavitudes y sufrimientos. Perpetuando la humanidad caída, dejando regueros de víctimas por los caminos de la historia. Sembrando destrucción y muerte de tantos **“inocentes”**.

El objetivo fundamental por el que Herodes entra en cólera es el de acabar con la vida del recién nacido **“el Rey de los judíos”**, que podría poner en peligro la fuerza y el poder de su reino. El decreto de dar muerte a los **“niños inocentes”**, entre los que se incluía el niño Jesús, no pilla a José y María de sorpresa. Son avisados por el Ángel que le dice a José: *“Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarle. Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto”*⁴⁴



De nuevo la figura de María, junto a su esposo José, se convierte así en la **“madre samaritana”** que va recorriendo caminos de expulsión y destierro, de inmigración forzada, acompañando, protegiendo y defendiendo la debilidad la vida, aún tierna de su hijo, defendiendo su dignidad y su libertad. María y José tienen que afrontar la nueva realidad en la que su hijo, víctima de la ambición y el poder, se convierte en un **niño perseguido** cuyo destino es ser aniquilado. Ese ejercicio samaritano conlleva muchos riesgos teniendo que afrontar situaciones extremadamente peligrosas, aceptando tanto la propia crudeza del camino por el desierto, como la inseguridad de su destino y el futuro incierto de sus vidas en el país de Egipto. Guiados por la fe y confianza en Dios se ponen en sus manos para afrontar todos los peligros y contrariedades de ese gesto de obediencia filial, sabiendo que Dios nunca les va a abandonar.

4. Una Samaritana invitada a la boda

El Evangelista Juan es el único que narra el episodio de las bodas celebradas en Caná de Galilea⁴⁵. María, nos dice Juan, ya estaba allí, y fueron invitados también Jesús y sus discípulos. Bodas tradicionales, muy familiares y con gran cantidad de invitados. Las provisiones se van agotando y el vino ya escasea. El vino es elemento esencial en ese tipo de celebraciones populares. Seguramente que hay un cierto nerviosismo entre

⁴² Mt 2,12

⁴³ Mt 2, 16-18

⁴⁴ Mt 2,13s

⁴⁵ Jn 2,1-11



los sirvientes ante la escasez del vino; no alcanza para todos y la fiesta continúa. La ausencia del vino supondría un gran bochorno y tremendo disgusto para los recién casados.

María se percata de la situación. Su corazón, siempre pronto y disponible para servir y ayudar, se pone en funcionamiento. No se queda impassible ante el posible drama para los novios. No se encoge de hombros y pasar de una situación problemática, que no le incumbe. Desde su humildad y pequeñez, decide intervenir y ofrece el don que Dios le ha regalado, el de tener un alma generosa, llena de compasión y ternura, por lo que acude al único en el que confía y que puede poner remedio a una situación angustiada, y no es otro que su Hijo Jesús.

Nada le importa a María que su Hijo le diga que no ha llegado su hora, que no hay que adelantar acontecimientos, que no es problema suyo que el vino se haya terminado, que él y sus discípulos vienen a pasarlo bien en la boda, que le deje de problemas, ... Nadie como María conoce hasta el fondo el corazón de su Hijo. Nadie como ella es capaz, incluso, de conseguir adelantar los planes salvíficos de Dios a realizar, a través de Jesús, como el Mesías Redentor. Es el momento en el que María “impone” a su Hijo todo el poder grandioso de su Maternidad, forzando y adelantando el hecho de que Jesús realice el primer “signo” mesiánico. Para la Madre, no hay ya más conversación con Jesús; ella “fuerza” el gran acontecimiento: *“haced lo que él os diga”*⁴⁶, les dice a los camareros.

A este respecto dice San Alfonso María de Ligorio a propósito de la intervención de la Virgen María ante su Hijo en las bodas de Caná: *“El corazón de María, que no puede menos de compadecer a los desgraciados (...), la impulsó a encargarse por sí misma del oficio de intercesora y pedir al Hijo el milagro, a pesar de que nadie se lo pidiera (...). Si esta buena Señora obró así sin que se lo pidieran, ¿qué hubiera sido si le rogaran?”*⁴⁷

En Caná de Galilea, no solo Jesús obró su primer signo manifestando su gloria como Mesías⁴⁸, sino que también su Madre María se presenta como la **“Madre Samaritana”** que está siempre atenta observando y percibiendo las necesidades y carencias de cuantos están a su alrededor; ese corazón maternal, tierno y bondadoso, le lleva a actuar siempre en favor de los más necesitados, marginados y excluidos. Así lo canta y proclama llena de gozo ante el Señor su Dios que *“derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”*⁴⁹.

El Papa San Juan Pablo II nos transmite una profunda reflexión sobre este acontecimiento y la intervención amorosa de la Virgen María en la Redemptoris Mater: *«Se manifiesta como nueva maternidad según el espíritu y no únicamente según la carne, o sea la solicitud de María por los hombres, el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades. En Caná de Galilea se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana, aparentemente pequeño y de poca importancia (“no tienen vino”). Pero esto tiene un valor simbólico. El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente, se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone “en medio”, o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede —más bien “tiene el derecho de”— hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María “intercede” por los hombres. No sólo: como madre desea también que se manifieste el*



⁴⁶ Jn 2,5

⁴⁷ San Alfonso María de Ligorio, Sermones abreviados 48,2,1

⁴⁸ Jn 2,11

⁴⁹ Lc 1,52s



poder mesiánico del Hijo, es decir su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida»⁵⁰.

Así, María, se nos presenta, no solo como la **Madre Samaritana** que está atenta y observa las situaciones de dolor y sufrimiento de las personas, entregándose por entero a solventar, en lo posible, su situación traumática, sino que también interviene para culminar, como buena samaritana, con un final feliz, la recuperación de la alegría y la felicidad de novios e invitados, interviniendo para ello con su ruego maternal ante su Hijo. Este “oficio de intercesora” lo culmina con dulzura Nuestra Señora de la Merced. Ella es “merced y gracia” que, a manos llenas, desborda su ternura de madre samaritana en favor de sus hijos encarcelados y oprimidos. A ella acudimos también nosotros, junto con nuestros hermanos privados de libertad para que venga en nuestro auxilio y ponga remedio a los múltiples males que azotan a quienes viven la tragedia de la cautividad y la pérdida de la libertad.

5. María, samaritana en el calvario y la cruz

El corazón compasivo y tierno de María, que pone todo su ser al servicio de sus hijos malheridos y caídos por los derroteros de la vida, llega hasta nosotros con la fuerza y el impulso del Espíritu y nos impregna en su mismo “corazón samaritano”. Importante es para nosotros, los miembros de la Pastoral Penitenciaria, poder ofrecer a las personas privadas de libertad la espiritualidad que vivió la Virgen María, de modo que ellos se sientan siempre acompañados por la presencia maternal de María en su siempre doloroso camino del calvario en la cárcel cargando con cruces pesadas de dolor y sufrimiento.

Jesús, camino del calvario, en plena experiencia de dolor y derrota, se hace presente su Madre para consolarle y fortalecerle. Del mismo modo, María acompaña a cada persona privada de libertad en su personal calvario, caminando con ellos la vía dolorosa de la pérdida de la libertad, “*fortaleciendo sus manos débiles, afianzando sus rodillas vacilantes*”⁵¹. María va recorriendo los caminos que sus hijos malheridos van trazando a lo largo de sus vidas, acompañándolos, enjugando sus lágrimas, sanando heridas profundas de cruz y de muerte.

En el camino hacia la libertad María samaritana se hace presente en sus vidas, ofreciendo su vino y su aceite que “*sana los corazones destrozados y vena sus heridas*”⁵², ofrece su personal cabalgadura, que son sus brazos amorosos, su corazón como consuelo y esperanza; les ofrece, también, su maternidad infinita, abrazándolos y acompañándolos hasta su Hijo Jesús, el Gran Libertador.

Del mismo modo que María, acompañó al grupo de discípulos de Jesús en momentos de incertidumbres tras la Ascensión de Jesús al cielo y en la espera gozosa de Pentecostés, manteniéndose unida a ellos en la oración y la esperanza,⁵³ así la Virgen es para los presos presencia maternal, certeza de una fe inquebrantable en la Palabra del Señor que cumple lo prometido⁵⁴, es camino de libertad.

6. Con María en la posada de la libertad

La Virgen María, nuestra señora de la “**Merced samaritana**” no deja su trabajo a medio hacer. Ella es firme y persistente hasta el final, como lo hizo con su Hijo Jesús que, desde la cuna hasta el sepulcro, no lo dejó ni un momento, obteniendo así el premio esperado de la plenitud de su Hijo resucitado.

⁵⁰ RM,21

⁵¹ Is 35,3

⁵² Sal 147,3

⁵³ Hch 1,14

⁵⁴ Lc 1,45





María, como buena **“Samaritana de la Libertad”**, acompaña a sus hijos heridos y con las cicatrices y huellas dejadas por el paso del calvario y la cruz de la cárcel, hasta la **“posada de la libertad”**. Allí, junto con el posadero, que lo conforman todos sus hijos que ofrecen su corazón compasivo y misericordioso, forman esa cadena humana de samaritanos que ponen todos los medios a su alcance para lograr la total recuperación de la persona herida y maltratada, afrontando con confianza un futuro que les lleve a la plenitud de la conquista de la verdadera libertad, tanto personal como social, hasta conseguir la tan ansiada recuperación de valores y dignidad, de sanación definitiva de tantas marcas de dolor tan arraigadas en su cuerpo y en su espíritu. Saliendo de ese proceso, largo y doloroso, con la experiencia de haber tenido a su lado a personas que lo han querido y mimado, personas que han sentido su corazón desgarrado por el dolor y sufrimiento de su “prójimo-hermano” y lo han acompañado hasta el final; personas que han actuado desde el corazón compasivo y misericordioso de Jesús y se han dejado guiar por la maternidad samaritana de la Virgen María.

7. Con María en el proceso transformador

María es Madre de la Iglesia Samaritana. Ella nos guía y acompaña en la tarea, siempre ímproba, de trabajar por un futuro en el que el proceso de humanización y dignificación de las cárceles vaya siendo una realidad incuestionable. En la conquista de un mañana en el que las estructuras judiciales, penales y penitenciarias sean el reflejo del modo de ser y de actuar de las personas que encarnan esas realidades y que deben realizar su cometido profesional con un corazón más cargado de misericordia y compasión que de venganza y castigo contra quienes actúan al margen de la ley.

En ese **camino de liberación**, tanto de las personas privadas de libertad como de las estructuras legislativas, judiciales y penitenciarias, está inmersa la Iglesia desde su misión liberadora a través de la Pastoral Penitenciaria, una pastoral que se ejerce desde el espíritu genuino de una **“Iglesia Samaritana”**.

Como ocurriera en los primeros momentos de la Iglesia apostólica, también nosotros, los miembros de la Pastoral Penitenciaria con los privados de libertad, nos cobijamos bajo el manto maternal de la Virgen María, Nuestra Señora de La Merced y con ella nos unimos en la oración sincera y humilde, con la firme esperanza de que Ella nunca nos abandonará y caminará con nosotros alentándonos en la tarea y misión evangelizadora de los pobres y cautivos, poniendo en ello nuestro corazón samaritano, al estilo de Jesús y de María.

ORACIÓN: MARÍA, MADRE DE MISERICORDIA

*En tu seno y en tu regazo maternal, María,
acogiste al fruto de la Misericordia del Padre.
Envuelto en tu ternura diste cuerpo y alma
al Ungido por fruto del Espíritu del amor.*

*Del Padre te revestiste en su misericordia
y se la comunicaste al Hijo amado de tus entrañas.
En tu Hijo Jesús recibimos su mismo Espíritu
que nos empapa y nos abraza en la misericordia del Padre.
Y con tu Hijo, que pasó por la vida
“haciendo el bien y liberando a los oprimidos”,
nos sentimos enviados como testigos de su misericordia para
“anunciar la liberación a los cautivos y poner en libertad a los presos”.*



*Que, al igual que tú, nos revistamos
de “entrañas de misericordia”
para con los pobres, los marginados y encarcelados.
Que seamos para ellos fuente de ternura,
abrazo reconciliador, pies que acompañan,
manos que acogen y fortalecen.*

*María, Madre de la Misericordia,
te confiamos a tus hijos que sufren la privación libertad,
protégelos a ellos y a sus familias,
consuela a las víctimas, cubre con tu manto maternal
a cuantos se sienten solos, desprotegidos y abandonados.*

*Que tu regazo maternal proteja y bendiga
a cuantos tienen la responsabilidad de velar y cuidar
a los encarcelados, especialmente a los que se
sienten más débiles por su enfermedad, soledad
y desamparo familiar o social.*

*Y a nosotros, concédenos derramar tu misericordia
sobre quienes sufren la ausencia del amor y del perdón,
y necesitan recuperar la dignidad de personas
y la oportunidad de integrarse plenamente
en la familia y la sociedad.
Santa María de la Merced, Madre de la Libertad,
ruega por nosotros. Amén*





*Ntra. Sra. de la Merced
Madre samaritana de cautivos y encarcelados*

*Pedro Fernández Alejo, trinitario
Coordinador Área Religiosa
Departamento Nacional
de Pastoral Penitenciaria de la CEE*